

sucumbido por un momento; mas no tardará en levantarse, y entonces su corazon será ceñido por ella con una cadena de amor celeste, que asida al trono del Altísimo, no podrá ser rota ni aun aflojada por ninguna cosa del mundo. Á medida que vaya acercándose al término de su carrera, el tranquilo valor de las precedentes luchas será en cierto modo reemplazado por la exaltacion de las victorias nuevas; su corazon será animado por el presentimiento y el instinto del triunfo.

CAPÍTULO XVIII.

*Que la amada santa Isabel fue con sus pequeños hijos echada del castillo y reducida á extrema miseria; y de la grande ingratitude y crueldad de los hombres para con ella.*

Vidi lacrymas innocentium,  
et neminem consolatorem.

(Eccles. iv).

Paupercula, tempestate convulsa, absque ulla consolatione.

(Isai. ii).

Egentes, angustiati, afflicti,  
quibus dignus non erat mundus.

(Hebr. xi, 37, 38).

Al principiar con el año vigésimo de la edad de Isabel esta segunda parte de su vida, no puedo menos de advertir al corto número de lectores que me hayan seguido hasta aquí, que para en adelante han de renunciar al escaso atractivo puramente humano y á la exterioridad de historia entretenida que tal vez hayan encontrado en lo que hasta ahora llevo referido. La jóven y cándida esposa, ocupada en confundir, segun la inocente ternura de su alma, el culto del Padre celestial con las mas dul-

ces afecciones de la tierra, va ahora á ser reemplazada por la penitente entregada á toda la grandeza de la vida ascética, lanzándose fuera de los ordinarios caminos abiertos á la piedad de los fieles, desarraigando de su vida y rompiendo en su corazon todo cuanto habia podido tomar lugar en él al lado de Dios: de aquí para adelante ya no verémos sino la viuda cristiana levantada á su poder mas alto, cada vez mas desasida y desapropiada de sí misma, y colocada por último en un grado de abnegacion y mortificacion que repugna á mas no poder con la inteligencia y el corazon, tales como nos los ha dado la naturaleza; y que para ser comprendido y gustado exige á la vez toda la fuerza y todo el abandono de una fe pura y sin mezcla. *ab babo*

Poco duradera y eficaz debia ser aquella compasion de que vimos rodeada á Isabel en los primeros momentos de su duelo; pues en breve la persecucion é ingratitud juntaron sus amarguras al dolor de aquel corazon ulcerado. Mientras abismada en este dolor en nada se cuidaba del gobierno que de derecho le correspondia por el fallecimiento de su esposo y la menor edad del hijo heredero, todavía niño, suscitá-

ronse contra ella de nuevo enemistades y odios antiguos, y se aprovecharon de esta ocasion que se les presentaba para abrumar y postrar de todo punto á la que Dios ya habia visitado con prueba tan dura, y para enconar la herida que el Señor fuera servido de hacerla <sup>1</sup>. Tenia, segun vimos ya, el duque difunto Luis dos hermanos segundos Enrique y Conrado, jóvenes que se habian dejado coger en las redes de hombres extraños á todo sentimiento de justicia y honor, los cuales habian encaminado la iniquidad de sus consejos principalmente al fin de seducir al landgrave Enrique, dice Raspon, envolviéndole, so color de mirar por sus intereses, en una cobarde conspiracion contra su cuñada. Hicieronle ver que conforme á la antigua ley del país de Turingia el principado todo entero debia permanecer indiviso en la persona del hijo mayor de la familia soberana, único que debia casarse; pues si los segundos querian tomar esposa podian á lo mas obtener en dotacion algunos dominios, pero descendiendo del estado de príncipes

<sup>1</sup> Percussam à Deo persecuti sunt, et super dolorem vulnere eius addentes... (*Theod. ex Psalm.*).

á la clase de meros condes y á la de vasallos perpétuos del primogénito; que por tanto á él, Enrique, le importaba en gran manera apoderarse sin pérdida de tiempo de la autoridad soberana y derechos del primogénito de la casa sin hacer caso del hijo del duque Luis, Hermann, y luego casarse él para que el país y la soberanía recayeran en su línea. Á lo que parece no osaron completar sus consejos dando tambien al Príncipe el de atentar contra la vida del legítimo heredero; pero, sí, le estrecharon á que expulsase la viuda y los hijos, incluso el pequeño Hermann, no solo de la residencia soberana de Wartbourg, sino tambien de Eisenach y demás posesiones soberanas. Y en caso, añadian, de que el niño viviera, debía darse por muy contento si cuando llegara á ser hombre le daba su tío uno ó dos castillos por toda dotacion. Pero mientras tanto urgía mucho alejarle, y para ello echar de allí á la madre, á la desmanotada y mogigata Isabel.

Tuvo Enrique la desgracia de dar oídos á tan cobardes é injustos proyectos. Huyeron de su corazón, dice el viejo poeta, la equidad y el honor, y declaró la guerra á

la viuda y al huérfano á quienes habia jurado proteger. El otro hermano mas joven, Conrado, se dejó tambien seducir: y entonces, apoyados en este doble consentimiento, aquellos traidores cortesanos corrieron presurosos á notificar á Isabel la voluntad del nuevo Soberano. Habiéndola encontrado en compañía de la Duquesa madre, llorando juntas su comun quebranto, principiaron por llenar de injurias á la duquesa Isabel, echándole en cara el haber arruinado el país prodigando y malgastando las rentas del Estado, engañando y deshonorando á su marido; y luego le hicieron saber que en castigo de sus delitos quedaba desde entonces despojada de todos sus bienes, y la requerian á nombre del nuevo soberano Enrique para que en aquel mismo punto saliera del castillo. Asombrada Isabel con aquel mensaje y con tales insultos, trató de ablandar tanta grosería, suplicando á los mensajeros le concedieran un plazo para pensar en ello. Indignada la duquesa Sofía al ver tamaña brutalidad, tomó entre los brazos á su nuera, exclamando: «Nadie la sacará de aquí, «ni la arrancará de mi lado. ¿Dónde están «mis hijos? quiero hablarles.» Pero los emi-

sarios respondieron: «No: ha de salir, y en «este mismo instante.» Y como llevaran su osadía hasta llegarse á las dos señoras á separarlas por fuerza, la duquesa Sofía, viendo que era inútil toda resistencia, quiso á lo menos acompañar á Isabel hasta la puerta exterior del castillo. Ni siquiera consintieron aquellos hombres que la Soberana destronada llevara consigo cosa alguna la mas pequeña, excepto sus hijos que se hallaban en el patio con dos de sus doncellas, que debian ser expulsadas con ella, y que nos han conservado la relacion de esta dolorosa escena. Al llegar á la puerta del castillo la duquesa Sofía abrazó de nuevo á Isabel: lloraba la infeliz y no tenia fuerzas para desasirse de los brazos de la madre de aquellas pobres criaturas condenadas á correr tan triste como inmerecida suerte; y la vista de aquel cuadro desgarrador le traia á la memoria la pérdida del hijo, y redoblaba su indignacion y su angustia. De nuevo instó y volvió á rogar muchas veces que le permitieran ver y hablar á sus hijos, esperando obtenerlo, á fuerza de pedirlo, de la dureza de aquellos hombres. Pero ellos le respondieron que los hijos no se hallaban por

allí; y así era la verdad, pues de propósito les habian hecho ocultarse durante la ejecucion de aquel bárbaro mandato, ni ellos tuvieran valor para resistirse á las lágrimas y ruegos de la madre, ni para ser testigos de la cruel suerte á que condenaban á su inocente cuñada. Por último Sofía, despues de haber tenido largo rato abrazada á su hija y llorado con amargura mezclando sus lágrimas con las de Isabel, no pudiendo mas con aquel dolor aguzado por la vergüenza de la traicion de los hijos, como dice un cronista, dejó marchar á su nuera y se entregó á los extremos de una afliccion violenta. Las puertas de aquel castillo, donde tantos años reinara como soberana, se cerraron tras la pobre desterrada; y de toda aquella corte, donde en verdad faltaban los mas notables caballeros, ausentes á la sazón con motivo de la cruzada, ni uno solo salió á cumplir con la primera de las leyes de la caballería, y ofrecer asilo y socorro á la viuda y á los huérfanos. Por el áspero y escarpado sendero que conducia á la ciudad, sola, á pié y llorando, bajaba la hija de reyes trayendo en brazos la niña que pocos dias antes habia parido; los otros tres niños eran conduci-

dos por las doncellas que la seguian <sup>1</sup>. Era invierno y el frio apretaba mucho <sup>2</sup>. Habiendo llegado al pié de la montaña, se dirigió la desterrada á la ciudad de Eisenach. En aquella ciudad, que en otro tiempo habia ella inundado con su caridad, la esperaban tambien corazones no menos desapiadados; pues si el Duque habia tenido la crueldad de mandar pregonar en ella, que incurririan en su soberana indignacion todos y cualesquiera que en sus casas acogiesen á la duquesa Isabel ó á sus hijos, los habitantes la tuvieron aun mayor y mas repugnante, obedeciendo órden tan inhumana; pudiendo en ellos mas que las leyes de la humanidad, compasion y justicia, el deseo de tener propicio al nuevo Soberano, y tal vez tambien la conciencia de recibidos favores que es un peso insoportable para las almas innobles y bajas. En vano la infortunada Princesa rodeada de sus hijos llamó una tras otra á todas las puertas, y

<sup>1</sup> Las pinturas antiguas de Marbourg la representan de esta manera. No obstante observa Mr. Stædtler con razon que segun los *Dicta IV Ancill.*, parece que los niños no le fueron llevados hasta el siguiente dia á la iglesia donde tomó asilo.

<sup>2</sup> A principios del año 1228.

en particular á las de las personas que creyera ella le eran mas afectas: nadie atendió ni á su voz ni á sus lágrimas. Entróse, por fin, en una miserable taberna cuyo dueño no quiso ó no pudo negarle la entrada, visto que ella manifestó la resolucion de aprovecharse del derecho que le daba la calidad de sitio público para permanecer allí: «Me despojaron, dijo, de todo cuanto «tenia <sup>1</sup>; no me resta sino rogar á Dios!» El hostelero le señaló, para que ella y los suyos pasaran la noche, una casucha donde tenia hacinados los utensilios de su oficio; y como en el mismo sitio guardaba tambien los puercos, hizolos salir de allí, y que cedieran el sitio á la Duquesa de Turingia, princesa real de Hungría! Cual si humillacion tan extraña hubiera devuelto á su corazon la calma de repente, apenas se vió sola en el inmundo albergue, sus lágrimas se enjugaron y todo su ser quedó penetrado de una sobrenatural alegría; en cuyo estado permaneció hasta que oyendo á media noche tocar á Maitines en un convento de Franciscanos fundado por ella en vida de su marido, se encaminó al momento á la iglesia, asistió en ella á los oficios,

<sup>1</sup> Rutebeuf.

y rogó á los religiosos que dijesen el *Te Deum* cantado para dar gracias al Señor por las grandes tribulaciones que se dignaba enviarle <sup>1</sup>. Y desde aquel momento la piedad fervorosa, la sumision absoluta á la voluntad divina, la santa alegría del alma cristiana sujeta á las pruebas del Padre celestial, y aquel antiguo amor suyo á la pobreza evangélica, recobraron en su alma todo su imperio para no perderlo ya nunca. Postrada al pié de los altares mientras en medio de las tinieblas de aquella noche terrible subia á los cielos el eco de aquel canto de alegría tan incomprensible para el mundo, edificaba á sus fieles doncellas con el fervor y humildad de los transportes de su alma hácia Dios. Dábale gracias en voz alta de verse allí pobre y desposeida de todas las cosas, como él se habia dignado verse en el pesebre de Belen: «Señor,

<sup>1</sup> *Mansit cum magna iucunditate spiritus... Media vero nocte surgens, ad matutinas fratrum minorum..., rogans eos ut hymnum decantarent angelicum: Te Deum laudamus, in tribulationibus suis glorians, et gratias agens Deo. (Theod.).*— Estaba este convento situado en la plaza de Eisenach, en el sitio donde hoy se ve el antiguo palacio de los duques, la torre campanil, y el jardin de Charlottenburgo.

«decia, hágase, como debe ser, vuestra voluntad! Ayer era yo duquesa y tenia muchos castillos; hoy pido limosna y nadie me da asilo. Si cuando fui soberana hubiérais yo, Señor, servido mejor de lo que lo hice, y hubiera por amor vuestro dado mas limosna á los pobres, ahora podria felicitarne por ello: por desgracia no fue así!» Mas luego nuevos dolores afligian su corazon al ver á sus pobres hijos traidos de hambre y de frio: «¡Bien merecido tengo pasar esto por ellos, pecadora de mí, y bien me duele de mi culpa! Nacieron príncipes y princesas estas criaturas, ¡y ahora tienen hambre y carecen hasta de unas pajas para acostarse! Por causa de ellos tengo yo el corazon traspasado de angustia; que por mí, Vos sabéis, ó Dios mio, que soy indigna de que me hayais elegido para la gracia de la pobreza!»

Sentándose despues pasó en compañía de los suyos en esta iglesia el resto de la noche y una parte del dia siguiente, hasta que lo intenso del frio y el hambre de que se quejaban los niños la obligaron á salir en busca de algun alimento y techo. Uno y otro buscó en vano por largo tiempo, recorriendo las calles de aquella ciudad don-

de tantos y tantos habian sido cuidados, curados y enriquecidos por ella: al fin un sacerdote, pobrísimo tambien, tuvo compasion de aquella santa y régia miseria; y despreciando la cólera del landgrave Enrique, ofreció su humilde habitacion á la viuda y á los huérfanos de su difunto Soberano. Aceptada con reconocimiento esta caridad por Isabel, el huésped les preparó á todos lechos de paja, y en lo demás hizo lo que le permitió su pobreza; mas para lograr algunos miserables alimentos hubo necesidad de empeñar algunos objetos de valor escaso, que sin duda traia puestos la Duquesa cuando la echaron del castillo de Warbourg. Obstinados en perseguirla encarnizados sus enemigos, tan luego como supieron que su víctima encontrara un asilo, le intimaron la órden de ir á alojarse en casa de uno de los señores de la corte que mas odio la tenia, y que poseia en Eisenach una vasta vivienda con espaciosas dependencias. Este hombre tuvo la desvergüenza de señalarle por habitacion un estrecho reducto donde la encerró con los niños y las doncellas, tratándola con indigna groseria y negándose á darle de comer y con que calentarse; su mujer y criados imi-

taron tan bárbaro ejemplo <sup>1</sup>. En aquel indigno lugar pasó la noche Isabel, siempre desolada por ver sufrir á sus hijos atormentados por el hambre y el frio <sup>2</sup>. Al dia siguiente no quiso permanecer por mas tiempo en aquel inhospitalario albergue, diciendo al abandonarle: «Benditas seais, padres que me habeis amparado como padre; disteis en esta noche contra la lluvia y el viento! Quisiera con todo mi corazon dar gracias á vuestro dueño; mas en verdad no sé de qué darlas.»

Desde allí se volvió de nuevo al innoble asilo que hallara en la taberna donde pasó la primera noche, pues era el único que sus enemigos le permitian usar en paz. Por lo demás, la mayor parte del dia y aun de la noche la pasaba en las iglesias. «De aquí á lo menos, decia, nadie se atreverá á echarme, porque es la casa de Dios y Dios es en ella mi único huésped.» Pero la miseria á que se veia reducida le

<sup>1</sup> Quidam aemulus eius habitationem habens in qua multae structurae et habitacula plurima.... Quo cum iussa intrasset in arcto loco, compulsus est cum tota sua familia... Cui hospes et hospita eiusque familia... hostilitatis multa gravamina intulerunt. (*Theod.*)

<sup>2</sup> El monje Roberto. Mss.

preparaba un sacrificio mas duro para su corazon que todos los anteriores sacrificios. Isabel, que tantos huérfanos habia recogido, y alimentado tantos niños abandonados; la que tan singular complacencia tenia en los tiempos de su grandeza en derramar con preferencia sobre estos seres los tesoros de su misericordia; la que fuera con ellos tan tierna y cariñosa madre, va ahora á pasar por el amargo trance de verse precisada á separarse de sus propios hijos por no condenarlos á que sufran en la tierna edad la desnudez y la miseria; ella misma tiene que privarse del último humano consuelo que le resta <sup>1</sup>. Personas de toda confianza, cuyos nombres calla la historia, sabedoras de la infeliz situacion á que se veia reducida, propusieron á Isabel el encargarse ellas de recoger aquellas tiernas criaturas; y la madre, so pena de ver todos los dias á sus hijos expuestos á carecer del alimento necesario que ella no podia asegurarles, tuvo que acceder á la

<sup>1</sup> O stupenda et inscrutabilis Dei compensatio! Quae solebat pauperum parvulos ut mater nutrire et tanquam nutrix reficere, nunc pressa inopia, parvulos uteri sui... compulsus est à se propter alimoniam elongare. (*Theod.*).

propuesta. Mas lo que, segun un historiadador contemporáneo, la decidió principalmente á dar este paso, fue el temor de pecar contra el amor divino á fuerza de ver padecer á unos seres con tal ardor amados por ella, pues amaba á sus hijos, dice el mismo, hasta rayar en exceso. Quitáronle, pues, los hijos, que fueron ocultados en parajes lejanos y separados entre sí. Tranquila sobre la suerte de ellos, Isabel se conformó tanto mas con la suya propia; y como ya tenia empeñados todos los objetos de algun valor que conservara en su poder, determinó de ganarse, hilando, su pobre y frágil comida. Aun en medio de tal abismo de pobreza, nunca perdió el hábito de aliviar miserias ajenas; así es que de sus po-brísimascomidas siempre quitaba algo para partir con los pobres que hallaba al paso.

Tan heróica paciencia é incontrastable dulzura llegaron á calmar, segun parece, el furor de sus poderosos perseguidores; mas no lograron inspirar sentimientos de compasion y gratitud en el corazon de los habitantes de Eisenach. Las historias que con tal individualidad puntualizan estas tiernas circunstancias, no solo no hacen mérito de ningun rasgo de simpatía y com-



pasion hácia la Santa de parte de estas gentes, sino que parece mas bien enseñarnos cuán cierto es que la ingratitud, lo mismo que las demás inclinaciones bajas del alma humana, necesita para sofocar el grito de los recuerdos y remordimientos añadir nuevos excesos á los primeros yerros. Habia por este tiempo en Eisenach, entre otras, una vieja pordiosera, objeto por mucho tiempo de la generosidad y esmerados cuidados de Isabel, hoy mendiga tambien como ella. Al atravesar cierto dia nuestra Santa un arroyuelo cenagoso que todavía corre por una de las calles de Eisenach <sup>1</sup>, y sobre el cual habia colocadas unas piedras para hacer pié al pasarle <sup>2</sup>, tropezó con esta vieja que, emparejando con ella al poner el pié sobre dichas piedras, no quiso cederle el paso, y además de un brusco empellon, la derribó cuan larga era en medio de aquel cenagal inmundó. Y añadiendo la irrisión á este rasgo de brutal in-

<sup>1</sup> Este arroyo se llama en las historias antiguas *rivus Coriarorum*, y sirve hoy todavía á los zurra- dores y tintoreros con el nombre de Loberbach.

<sup>2</sup> Pro luti profunditate lapides erant transcuntibus collocati... vetula impegit proterva in mansuetam... Corruit ergo in lutum Dei famula omnino cum vestibus omnibus inquinata. (*Theod.*).

gratitud, le dijo gritando: «Bien empleado «te está! No quisiste vivir como duquesa «cuando lo eras; ahora andas pobre y ar- «rojada por el lodo: álcete de ahí quien «quiera, que no he de ser yo por vida mia.» Siempre mansa y dulce Isabel, se levantó como mejor pudo, y riendo á carcajadas de su propia caída, dijo: «Vaya esto por el «oro y joyas que llevé en otro tiempo.» Y luego, llena de resignacion y de pura alegría, fuese á lavar sus ropas manchadas de lodo en una fuente inmediata, y su alma paciente en la sangre del Cordero <sup>1</sup>. Al llegar á este punto de su historia, exclama

<sup>1</sup> Lavit cum gaudio vestes suas sordidas in flumine, et animam vero patientem in Agni sanguine. (*Theod.*). Manuscrito antiguo citado por Justi, p. 81. Este suceso, cuidadosamente conservado por la tradicion popular, parece haber llamado vivamente la atencion de la posteridad protestante misma. Efectivamente; en el siglo XVI ó XVII en el sitio mismo en que cayó la Santa en el arroyo se alzó una columna adornada con dos largas y ridículas inscripciones al gusto clásico, en las que se compara la Santa á las Gracias!

Tres inter divas Charites, nymphasque sorores,  
En l quartum tenet hoc Elisabetha locum,  
Etc., etc.

En 1738 existia aun esta columna. (Paullini, *Ann. Isenac.*, pág. 39.)

un cándido y devoto monje, á quien ya cité otra vez, con tierna compasion: «¡Oh «mi pobre amada santa Isabel! mucho mas «que á tí misma me duele á mí tu miseria; «y siento en mi indignado pecho una jus- «ta cólera contra esos hombres ingratos é «incompasivos, á quienes tú perdonabas «de todo corazon! ¡Que no me hubiera yo «encontrado allí para darte posada á tí y á «los tuyos con la mejor voluntad del mun- «do! ¡cuán amantes cuidados me tomara «yo por tí, y cómo acudiera á todos tus ne- «cesidades! ¡Que á lo menos sea aceptable «á tus ojos este mi buen deseo; y cuando «en aquel dia terrible comparezca yo, solo «y abandonado de todos, en la presencia «de Dios, tenga la dicha de verte llegar á «mí y recibirme en las mansiones eternas!»

## CAPÍTULO XIX.

*Que el misericordiosísimo Jesús consoló á la amada santa Isabel, y la dulcísima y clementísima Virgen vino á instruirla y fortalecerla.*

Ego, ego ipse consolabor vos.  
(Isai. LI, 12).

Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.  
(Apoc. VIII, 17).

En medio de tantas tribulaciones Isabel no olvidó un punto que eran enviadas por la mano de Dios: léjos de dar entrada en su pecho á sentimientos de impaciencia y de queja, su única ocupacion era la oracion y todas las prácticas piadosas que con generosidad tan maternal ofrece la Iglesia á las almas afligidas; buscando sin cesar en estos ejercicios al Señor á quien no tardó en encontrar. El Señor vino á ella con toda la ternura de un padre, dispuesto á mudar en inefables consuelos aquellas pruebas tan noblemente aceptadas y sufridas. El que prometió *enjuagar cada una de las lágrimas* de sus escogidos, no podia echar en